



Primavera de 1981: las mujeres de Harran, en Mesopotamia, vistiendo trajes multicolores, llenan bolsos con la paja de la cosecha y la almacenan en las raras pirámides encima de sus chozas como forraje para los animales y aditivo para fabricar ladrillos de barro utilizados para construir casas.



Hace cuarenta a cincuenta años, recorrí repetidamente Oriente Próximo y Oriente Medio. En aquella época, la situación se volvía cada vez más sombría y, como un reguero de pólvora, desgracia y violencia se abatieron sobre esta parte del mundo: en 1978, el Ejército Rojo en Afganistán; en 1979, los mulás en Persia; mientras que en las calles turcas no era raro que en un solo día veinte o treinta personas perdieran la vida en desórdenes políticos. En 1980, el golpe de Estado del general Evren y las posteriores purgas llevadas a cabo por comandos paramilitares peinando el país en busca de insurgentes y opositores políticos. Al mismo tiempo, estalló la guerra entre Irán e Irak.

La foto de arriba se tomó en esos mismos días cerca del hito tripartito donde se encuentran Irak, Siria y Turquía, en el norte de Mesopotamia. Lo que sostienen en sus manos los dos hombres de uniforme es el arma de tiro rápido Heckler & Koch G3 de Alemania Occidental, y lo que está entre los dos, es mi yo de entonces veintiocho añitos.

Por aquel entonces, esta zona era tan explosiva como el cráter del Etna: una de las tres cuestiones que más me preguntaban, aparte de las relativas a mis orígenes y mi fe, era sobre mi arma, porque sólo un loco cansado del mundo se habría paseado por aquí sin protección.



Al lado del bíblico monte Ararat, el palacio en ruinas de un príncipe kurdo se desmorona. Donde antes reinaban riqueza y esplendor, ahora los pastores resguardaban por la noche sus cabras y ovejas de los merodeadores osos pardos.

Unos kilómetros más allá, la RSS Armenia en lo que entonces era la Unión Soviética y unos pasos detrás de mí, la frontera con Persia, donde el Sha acababa de huir y la Guardia Revolucionaria se deshacía de sus enemigos con innumerables ejecuciones públicas.

Muchos huyeron por las montañas y aquí abajo, en la pequeña ciudad de Doğubayazıt, se encontraron con el primer asentamiento de Anatolia Oriental. La mayoría de los habitantes habían abandonado sus casas y, al igual que yo, pasaban la noche a la intemperie para ofrecer a los refugiados, a menudo heridos y traumatizados, un lugar donde alojarse durante su camino hacia el oeste.



Como un cuadro de género de un viejo maestro: presentando mis respetos al sabio tribal turcomano en las Bolkar Dağları, la Sierra Nevada, al que además entregué un pequeño obsequio, para luego experimentar la más suma hospitalidad de su pueblo nómada.

Mientras ascendía hacia el desierto pedregoso de la serranía, topé con su hijo montado en camello, que me condujo hasta su padre anciano. Allí, su pueblo iba por su yayla, los yermos pastos de montaña, con su ganado y vivía en carpas o en sencillas chozas de piedra formadas por cuatro muras, que cubrían con un toldo impermeable tejido de pelo de cabra

Días después, continuando mi marcha, toda la tribu se reunió para despedirme y el hijo del sabio, que se nombraba İsa Balcı, Jesús el Apicultor, me acompañó hasta el límite del territorio tribal, donde me encomendó al cuidado y a la protección de Alá, por ser los vecinos gente malvada que podía hacerme daño. Luego los de allá me dijeron, que seguramente gozaba de la protección privilegiada de Alá, pues las personas de las que procedía eran malvadas y me habrían podido hacer daño... Yo pero sabía que estaría en deuda para el resto de mi vida con todos esos nómadas montañeses tan sumamente hospitalarios.



İsa Balcı, Jesús el apicultor, se presenta ante mi cámara con su camello y con sus hijos, mientras al fondo miembros de su tribu turcomana observan curiosos desde sus austeras chozas de piedra. Muy pocos entre ellos ya habían visto una maquina fotográfica y se pasaban la voz, que con ese aparato podía ver el oro bajo la tierra.





Unas horas caminando hacia el este, con los "vecinos malvados": la tímida hijita de Ali Mustafa Orçun, que compartió conmigo su acogedora yurta y todo lo demás.



Huésped del capo de los nómadas kurdos en los montes Munzur, que me permitió sacarle una foto aquí junto con sus cuatro hijas, su hijo y con su señora, que siempre miraba humildemente hacia abajo en mi presencia.

No podía faltar el carnero cornudo como símbolo de poder. Estas ovejas de cola gorda, que se crían aquí en Asia, llevan hasta diez kilos de grasa en sus gruesas colas como reserva para el durísimo invierno. Los productos elaborados con leche de oveja y cabra se almacenaban en las blancas y frescas yurtas y se vendían abajo en los pueblos, mayormente durante el invierno.

Los nómadas, sin embargo, preferían vivir en las negras carpas árabes tejidas con lana de cabra, frescas durante el día, cálidas por la noche e impermeables cuando llueve.

Acababa por empezar la sublevación kurda, a consecuencia de la cual muchos entre estos nómadas fueron matados o expulsados, según supe por la correspondencia que mantuve con ellos a lo largo de los años siguientes.



Las blancas y frescas yurtas turcomanas se utilizaban principalmente para almacenar alimentos elaborados con leche de cabra y oveja, cuya venta en los asentamientos de los valles proporcionaba unos ingresos a los nómadas.

Antes del amanecer, las mujeres nómadas colgaban bolsos hechos con piel de cabra, rellenos de yogur agrio de leche de oveja, agua, sal y de cuajo en los trípodes hechos con palos que aparecen en la imagen y los agitaban larga y fuertemente para elaborar ayran, una bebida agria y muy refrescante que sabía deliciosa en el calor del día. Las pieles de cabra, ligeramente permeables, estaban siempre húmedas por fuera, lo que hacía que el contenido se mantuviera fresco incluso a altas temperaturas del aire debido a la evaporación constante.





Además de criar ganado, los nómadas de montaña solían dedicarse a la apicultura, ya que en los desiertos pedregosos aparece un asombroso número de flores durante los meses de verano. Aquí, por ejemplo, el cardo yesquero ruteno de los montes Munzur (*Echinops ritro* ssp. *ruthenicus*, Asteraceae), que desde hace tiempo por su belleza se instaló en nuestros jardines europeos como planta ornamental y cuya fragancia de néctar atrae gran variedad de insectos de todo tipo. Otra belleza de los montes Munzur, que también nos llegó como planta ornamental, es el llamativo, rastrero y succulento tártago (*Euphorbia myrsinites*, Euphorbiaceae), aún sin flores en la foto de abajo.





En la época del Imperio Faraónico Medio, el archipadre de los judíos, cristianos y musulmanes, Abraham, siguiendo la voluntad de su Señor, viajó desde su patria Ur, en Caldea, al sur de Mesopotamia, hacia Canaán para fundar allí su nación israelita. En el camino, sin embargo, se detuvo en el norte del llano mesopotámico, en un sitio llamado Harran, y se asentó allí durante años antes de seguir adelante. Su padre Taré, que viajaba junto con él, pero falleció en Harrán a la edad de 205 años (Génesis 11:31).

Unos cuatro mil años más tarde, en primavera de 1981, yo mismo me encontraba en esta aldea de chozas de barro con la Biblia de Lutero como guía, buscando a los hijos de Abraham. La aldea ahora se nombraba Altınbaşak, espiga dorada, y los campesinos acababan de traer en carretas grandes cantidades de la misma desde los campos circundantes a la aldea y las vertían en las eras.

Las tortillas amontonadas detrás de los niños son estiércol utilizado como combustible, ya que no existen árboles en la inmensa llanura mesopotámica.



En las eras, campesinos montados en trineos de madera arrastrados por caballos giraban en círculos sobre el trigo segado para trillarlo. A continuación, lo aventaban con grandes palas al viento mesopotámico, que arrastraba la paja lejos del grano.

Finalmente, las mujeres en trajes multicolores juntaban la paja residual en bolsos y la almacenaban como forraje para los animales en los raros capuchos piramidales situados encima de sus chozas (véase la imagen del principio.)

Nada hacía pensar que no me encontrara dos milenios antes de Cristo en vez de dos después, y apenas me habría sorprendido que Abraham, su esposa Sara y su sobrino Lot hubieran doblado la siguiente esquina.

Pero este idilio era engañoso. Caudillismo, prepotencia y codicia occidentales por el oro negro, plata y poder, junto con el fanatismo religioso oriental, trajeron muerte y devastación a esta región, donde hoy se levantan miles de carpas con innumerables refugiados desarraigados.

Pero, ¿qué será que pasó con los inocentes hijos de Abraham?

